

La Regeneración (o el Nuevo Nacimiento)

Un sermón basado en Juan 3:3

Por Rev G. Burder

Lectura Bíblica: Juan 3:1-15

Salterio 162:1,2

Salterio 140:1-4

Salterio 5:1-5

Salterio 174:1-3

Introducción

Queridos amigos, la porción de la Palabra de Dios que consideraremos hoy se encuentra en Juan 3, versículo 3, donde leemos la Palabra de Dios así: *“Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”*.

Congregación, las dos grandes verdades de la religión cristiana son: nuestra caída en Adán y nuestra salvación en Cristo. No podemos hacer ninguna buena obra ni gozar de ningún privilegio correctamente hasta que hayamos aprendido estas dos grandes verdades. Tampoco podemos servir a Dios correctamente ni entrar en Su gloria en la vida venidera sin un conocimiento verdadero de estas verdades.

Habrán observado que las Escrituras siempre dividen a los hombres en dos clases: los buenos y los malos; los justos y los impíos; los santos y los pecadores, los creyentes y los incrédulos, y los herederos del cielo y los herederos del infierno. Estas dos clases están entremezcladas aquí en la tierra, pero serán separadas en el gran Día del Juicio. Entonces será fijado el estado eterno de cada uno según su estado verdadero aquí en la tierra. Entonces, ¿qué podrá ser de más importancia que saber nuestro estado presente? Recuerden que aunque hay esa diferencia entre personas como se ha mencionado, por naturaleza, todos estamos en la mismísima condición:

pecadores e hijos de ira. Así que a menos que haya un cambio que nos sucede seguimos en ese estado perdido; vivimos en ello y morimos en ello, para estar perdidos al final.

Esto es la solemne verdad que Jesús declaró a Nicodemo en el capítulo que hemos leído. Quizás te gustaría saber quién era este Nicodemo, y por qué Cristo le dijo estas palabras. Te lo cuento. Nicodemo era un gran hombre entre los judíos. Era maestro y “principal entre los judíos” (v. 1). Habiendo escuchado que Jesucristo había hecho y dicho muchas cosas maravillosas, Nicodemo vino a Jesús de noche, porque tenía vergüenza venir a él de día. Le dijo a Jesús: *“Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro”*. Inmediatamente Jesús comienza a enseñarle, y empieza con la verdad más importante que jamás se haya dicho, la necesidad de nacer de nuevo. *“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”*. Es como si le dijera a Nicodemo: “Yo, Quien soy la verdad misma, te aseguro que ningún hombre en su naturaleza caída y corrompida puede comprender o disfrutar de las bendiciones del reino de la gracia, el cual yo he venido a instituir, y tampoco puede entrar en el reino de la gloria al cual lleva el reino de la gracia, a menos que haya un cambiado obrado por el poder divino.

Parece que al principio, Nicodemo no entendió bien lo que el Señor quería decir, y le preguntó cómo podía ser esto. No obstante, nuestro Señor insiste una y otra vez, y no dudamos que al final Nicodemo llegara a aprender, y que por la obra de Dios haya llegado a ser una criatura nueva. Que el Señor haga que nosotros también lleguemos a ser criaturas nuevas, para así servirle aquí y disfrutar de Él en la vida venidera.

En nuevo nacimiento significa un gran cambio, hecho en el corazón de un pecador por el poder del Espíritu Santo. Significa que algo está hecho en nosotros y para nosotros, algo que no podemos hacer por nosotros mismos. Es algo que antes no entendíamos; es algo por lo cual

comenzamos a vivir, y cuando esta nueva vida comienza, no tendrá fin jamás. Por medio de nuestro primer nacimiento hemos nacido a morir, pero por medio del segundo nacimiento, hemos nacido a vivir para siempre.

Congregación, hoy vamos a hablar sobre ***La regeneración, o el nuevo nacimiento***, y para mejor entender este tema, vamos a considerar dos pensamientos principales:

- 1. La naturaleza de este cambio; y**
- 2. La necesidad de este cambio.**

PRIMER PENSAMIENTO

Queridos amigos, en primer lugar vamos a considerar la naturaleza de este cambio que es el nuevo nacimiento. No es un cambio de la sustancia o las facultades del alma. El pecado no destruyó la esencia del alma, sino su rectitud. De la misma manera, la gracia no le da al alma una facultad nueva, sino una calidad nueva. No es la destrucción del hierro, sino borrar la inscripción en ello e imprimir uno nuevo. No es romper el candelabro, sino poner una nueva lámpara en ello. Es como poner una nueva cuerda en el instrumento musical, para que pueda dar una nueva melodía.

El cambio es *grande*; si no fuera así, no se emplearían términos como “el nuevo nacimiento”, “la nueva creación”, o “la resurrección” para describirlo. Cuando nace un niño, su manera de existir y conseguir alimento es muy distinta a lo que era antes de nacer. Del mismo modo, vivimos en una manera muy distinta después del nuevo nacimiento. Lo grande de este cambio se describe en la Biblia como “pasando de las tinieblas a la luz admirable” (2ª de Pedro 2.9); y “pasando de muerte a vida” (1ª de Juan 3:14). Leemos: “*Y él os dio vida a nosotros, cuando*

estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1). El nuevo nacimiento hace que el hombre sea el opuesto de lo que era antes; tan opuesto como el Norte es al Sur o el Oeste al Este, y tan distinto como la luz es a la oscuridad, y la carne al espíritu. En pocas palabras, Dios le quita al hombre el corazón de piedra y le da un corazón de carne.

Este cambio es un cambio *universal*, una nueva *criatura*; es decir, es toda una criatura nueva, y no es una criatura que tenga algunas partes humanas y otras que le faltan. Es la obra de Dios, y por lo tanto es perfecto en todas sus partes, aunque es cierto que hay lugar para crecimiento en cada una de sus partes, igual que un niño recién nacido. Oh amigos, ¡no nos engañemos con un cambio parcial, como el aferrarse a una nueva opinión, o unirse a una nueva secta, o dejar algún pecado, o hacer algunos deberes morales y religiosos. Los cambios comunes como resultados de la edad y la vida pueden ocasionar algunos cambios parciales en una persona. Sin embargo, el nuevo nacimiento es el cambio del hombre *entero*. En el entendimiento ya hay luz en cambio de las tinieblas; en la voluntad ya hay blandura en vez de dureza; en los afectos ya hay el amor en cambio de la enemistad.

Este cambio es un cambio *interno*. Es cierto que producirá un cambio externo si la vida de la persona era inmoral anteriormente, pero es posible que haya una moralidad estricta sin que exista este cambio interno. La “reforma” no es la regeneración, aunque hoy en día muchas personas se equivocan, interpretando un cambio externo y moralista como la regeneración. La regeneración es un cambio de corazón. Es necesario que seamos renovados en el espíritu de nuestra mente (Ef. 4:23). “*El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón*” (1 Sam. 16:7). Dios ha prometido dar a Su pueblo un corazón nuevo, y el Salmista arrepentido ora por eso: “*Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio*” (Sal. 51:10). Sin esto, no hay un cambio verdadero. Las partes internas de un reloj tienen que ser arregladas antes de que el

reloj diga la hora verdadera. Es posible que al no ser arreglado, ese reloj diga la hora verdadera dos veces al día, pero no como resultado de ningún cambio de las partes internas. Así es que una persona puede ser considerada como regenerada ante los demás por una o dos acciones, pero cuando la fuente interna está mala, no es más que un gran engaño. Hay una gran diferencia entre virtud y religión, y entre la moralidad y la santidad. Muchas personas se abstienen de algunos pecados y cumplen con algunos deberes sólo para que tengan una buena reputación o porque sacan beneficio; sin embargo, en la nueva criatura hay un cambio de *principio*. El principio de la nueva criatura es la fe; “la fe que obra por el amor”, y esto permanece. La persona regenerada tiene el Espíritu de Dios dentro de sí y la vida de Dios en su alma, y para él la gracia es “...*una fuente de agua que salte para vida eterna*” (Juan 4:4).

En la nueva criatura se produce un cambio del *propósito* de su vida, tanto como un cambio en *el principio* por el cual actúa. La gloria de Dios es el fin del nuevo hombre; el “yo” es el fin del viejo hombre. La mayor evidencia del nuevo nacimiento es que ya el propósito de la vida ya no es uno mismo que sea el propósito y fin de la vida, sino la gloria de Dios, sea al comer o beber, estemos en público o en privado, estemos involucrados en asuntos religiosos o seculares, siempre la persona nacida de nuevo sabe que “...*no sois vuestros, porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios*” (1 Cor. 6:20).

Se hace aún más manifiesto este cambio interno cuando se considera cómo afecta los pensamientos y las opiniones de la persona con el nuevo nacimiento. Ya tiene nuevos pensamientos acerca de Dios, de sí mismo, de la eternidad, de Jesucristo y de todas las ordenanzas divinas.

El pecador nacido de nuevo tiene nuevos pensamientos *acerca de Dios*. Antes vivía sin Dios en el mundo, sin el verdadero conocimiento de Dios y sin pensar correctamente de Dios, y pensaba que Dios era cómo él mismo (Salmos 50:21). Sin embargo, ahora él ve que con Dios hay una majestad terrible, una pureza perfecta, una justicia estricta, y que de verdad es necesario temer a Dios. Ya el pecador sabe que los ojos de Dios siempre lo ven, y que si Jehová mirara a sus pecados, jamás podría mantenerse (Sal. 130). No obstante, el nacido de nuevo también aprende del Evangelio que en Cristo, Dios está lleno de gracia, bondad y amor, de modo que ya ama al Señor y Su bondad.

La nueva criatura tiene nuevos pensamientos *acerca de sí mismo*. Antes vivía como si fuera su propio amo; seguía su propia voluntad mala; justificaba sus peores acciones; pensaba ligeramente sobre sus pecados; y quizás aún se gloriaba en su vergüenza. Ahora él ve lo malo de sus caminos anteriores; lamenta en secreto sus pecados; ve la maldad de su corazón de donde provienen esos pecados; se considera a sí mismo como el mayor de los pecadores; se asombra de cómo haya pecado antes sin temor; y se asombra aún más de la paciencia de Dios al no haberlo cortado de la tierra en Su justicia. En pocas palabras, la nueva criatura clama: “*Me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza*” (Job 42:6).

La nueva criatura tiene nuevos pensamientos *acerca de este mundo, los hombres del mundo, y las cosas del mundo*. Antes le encantaba la compañía de las personas profanas e inmundas; ahora los evita como si evitara la plaga, y su lenguaje es: “Apártense de mí, ustedes impíos, porque yo guardaré los mandamientos de mi Dios”. Antes aborrecía sólo el ver a una persona piadosa; ahora, su corazón se une con los que temen al Señor, y los considera como los “excelentes” en la tierra, y desea vivir y morir con ellos. Ahora, ¡cuán distintos son sus pensamientos acerca del mundo a lo que eran antes! Antes eran su única porción. Procuraba ser

grande, deseaba ser rico y anhelaba los placeres del mundo. Sus delicias antes eran comer y beber, los naipes y el teatro, la música y el baile, o algún otro entretenimiento vano, y antes había sacrificado mucho para disfrutar de estos deleites. Ahora él ve la vanidad de todas estas cosas, y ve el peligro que hay en ellas. Lo habían llevado al borde de la destrucción, y ahora él puede decir en verdad: “Estos placeres ya no me agradan ni me ofrecen nada; ¡ahora he conocido al Señor!”

Pero, ¡oh!, ¡qué nuevos pensamientos ya tiene él *acerca de la eternidad!* Antes casi no pensaba nunca de ello; ahora siempre piensa en la gran eternidad, pues ya tiene aquella fe que es “...la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). Por lo tanto, ya no se fija en las cosas que se ven, porque sabe que son cosas temporales, sino que mira las cosas que *no se ven*, porque sabe que esas son eternas. Él sabe que tiene que vivir para siempre o en el cielo glorioso o en el infierno terrible. Así que todas las cosas del mundo le parecen como sombras vacías en comparación a las cosas eternas, y ahora él considera todo aquí abajo según la relación que tiene con su felicidad eterna.

La nueva criatura también tiene pensamientos *acerca de Jesucristo* que son muy diferentes a lo que pensaba antes. Antes era no había parecer en Él, ni hermosura (Is. 53:2), pero ahora es “señalado entre diez mil y todo codiciable” (Cantares 5). Antes no quería escuchar acerca de Él, ni leer sobre Él, ni hablar acerca de Él aparte de profanar Su Nombre; ahora no puedo escuchar lo suficiente acerca de Él, porque ya ve que si es salvo, se lo debe completamente a Jesús, y por lo tanto, estima todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús (Fil 3:8) a fin de conocerlo, ganarlo y estar en Él.

La nueva criatura también tiene nuevos pensamientos *acerca de las ordenanzas religiosas*. Antes no podía aguantar guardar y santificar el Día de Reposo. O bien no asistía ninguna

adoración pública y vivía en placeres carnales, o si asistía le fue una carga, y no participaba en la oración o las alabanzas. A lo mejor le fue algún entretenimiento, pues no hizo caso a la Palabra que fue predicada, y quizás incluso se burló de ella, y aborrecía la oración en privado. ¡Cuán grande ha sido este cambio! Ahora el Día de Reposo es su deleite, lo santo del Señor y todo honorable. La casa de Dios ya es *su* casa; la Palabra de Dios es su comida; la Biblia es su mejor amigo, y la oración es la respiración de su alma.

Así hemos visto el cambio que se ha efectuado en cuanto a los pensamientos y las opiniones de la persona nacida de nuevo. Si el tiempo permitiera, habríamos mostrado que estos nuevos pensamientos se acompañan de nuevos *afectos*; ahora ama lo que antes aborrecía, y aborrece lo que antes amaba. Tiene nuevos deseos, nuevos temores, nuevos gozos y nuevas tristezas. Hace nuevas resoluciones, y está empleado en nuevas labores. Tiene nuevos entretenimientos y nuevas esperanzas. Con tanta razón es llamado una nueva criatura.

Ya habiendo mostrado brevemente la naturaleza de la regeneración, ahora vamos a considerar nuestro segundo pensamiento, *la necesidad de este cambio*.

SEGUNDO PENSAMIENTO

Observemos cuán enfáticamente nuestro Señor afirma en nuestro texto: “*De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios*”. Seguramente estas palabras deben de tener mucho peso para nosotros si es que creemos en el Dios verdadero. No obstante, alguien preguntará: “¿A qué se refiere el reino de Dios?” Yo respondería que se refiere al reino de la gracia en este mundo y el reino de la gloria en el cielo. Ahora bien, sin este nuevo nacimiento, ninguna persona jamás puede ver el reino de Dios. No dice aquí que no “debe” ver el reino de Dios, ni tampoco dice que no lo “verá”, sino que dice que no “puede”; es decir, es imposible ver el reino de Dios sin el nacimiento nuevo.

Con respecto al estado el Evangelio aquí en el cual Cristo reina, ninguna persona puede ser un *cristiano verdadero* a menos que nazca de nuevo. No es posible que sea un miembro verdadero de la Iglesia de Cristo; no puede ejercer ninguno de los deberes que se requieren en este reino, ni tampoco puede gozar de los privilegios de ello.

El hombre no regenerado no puede ejercer ninguno de los deberes del reino de Dios. El hombre caído no sabe lo que es realmente bueno. “*A lo malo dicen bueno, y a lo bueno dicen malo*” (Is. 5:20). Es reprobado en cuanto a toda buena obra (Tito 1:16). Es más, no le agrada lo que es bueno. “*Los designios de la carne son enemistad contra Dios*” (Ro. 8:7). Ahora bien, mientras permanece en este estado, el hombre no puede cumplir el propósito de su existencia, el cual es glorificar a Dios. Ya que está incapaz e indispuesto a cumplir este fin, existe la necesidad absoluta y universal de este cambio, el nuevo nacimiento. En Cristo Jesús somos creados para buenas obras (Ef. 3:10). No es posible “orar en el Espíritu” si no somos “nacidos en el Espíritu”; no es posible cantar con la gracia en el corazón si no tenemos la gracia; no es posible adorar a Dios en espíritu mientras estamos en la carne. Un pecador muerto no puede presentar su cuerpo en sacrificio vivo (Ro. 12:1). Los deberes del hombre natural están sin vida y egoístas. Él no puede servir a Dios espiritualmente, porque es carnal; ni Lo puede servir con gracia, porque está corrompido; ni Lo puede servir con vida, porque está muerto; no puede servir a Dios libremente, porque es enemistad contra Dios; no puede servirle con gozo, porque su corazón está alejado; no puede servir a Dios sinceramente, porque su corazón es engañoso; no Lo puede servir aceptablemente, porque él que está en la carne no puede agradar a Dios.

De la misma manera la persona no regenerada no puede gozar de ninguna de los benditos privilegios del Evangelio. No sabe nada del gozo de la salvación, y no conoce en absoluto la paz del Evangelio. No tiene ganas por la leche sincera de la Palabra. No puede gozarse en la oración,

ni disfrutar de la comunión de Dios o la comunión de los santos, porque las cosas que no sean naturales jamás le pueden ser deleites.

Esto también nos muestra que el hombre no regenerado no puede ver el reino de la *gloria*. El nuevo nacimiento no le da al hombre un derecho del cielo, sino que son hechos “...*aptos para participar de la herencia de los santos en la luz*” (Col. 1:12). El pecador no regenerado está dejado fuera del cielo por la determinación inalterable de Dios Mismo, quien ha declarado que ninguno que hace abominación entrará en el reino de Dios, y sin la santidad nadie verá al Señor (Heb. 12:14).

Si consideramos cuáles son los gozos y las labores del cielo, y cuál es la disposición del pecador, queda muy claro que no puede ver el reino de Dios. La felicidad del cielo es la santidad, y el hablar sobre la felicidad sin la santidad es locura, como si fuera hablar de estar sano sin la salud, y estar salvo sin la salvación. Muchas personas piensan que estarían felices al llegar en el cielo; sin embargo, sin una naturaleza nueva, el hombre estaría igual fuera de su elemento en el cielo como estaría el pez del mar en los verdes pastos, o un becerro en el fondo del mar. ¿Es posible que un hombre impío, quien odia a los piadosos ahora, espere estar feliz entre todos los piadosos? ¿Es posible que el que no puede santificar tres horas del Día de Reposo aguante guardar el sábado eterno? ¿Es posible que el que maldice ahora imagine que su lengua sea empleada para alabar a Dios para siempre? ¿Será posible que el que actualmente detesta pensar en Dios ame emplear su mente en la contemplación eterna de Él? ¡No! El infierno es el lugar propio del pecador; allí tendrá su propia compañía y, hasta cierto punto, sus propias prácticas de antes, aunque sin ningún placer en ellas. En cuanto al cielo, nunca lo puede ver hasta nacer de nuevo.

Antes de terminar con unas palabras de aplicación personal a nuestras vidas, vamos a cantar del **Salterio 6, estrofas 3 y 4**.

APLICACIÓN PERSONAL

De lo que hemos hablado acerca del nuevo nacimiento, que aprendamos a evitar el error grave y común, el de pensar que el bautismo es la regeneración. El bautismo es algo que señala la regeneración, pero no es lo que está señalado. Como dice en Juan 3:5: “*El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios*”, es decir el Espíritu Santo, cuya gracia es para el alma lo que es el agua para el cuerpo. Entonces, nunca tomemos la sombra (la señal) como si fuera la sustancia misma. ¿Puede el bautismo cambiar el corazón? ¿Acaso el bautismo ha cambiado *tu* corazón? Dime, pobre pecador, cómo está contigo. Tu consciencia te dirá: “Las cosas viejas *no* han pasado; he aquí todas *no* son hechas nuevas como el resultado del bautismo”. ¿Vive alguno de ustedes en borracheras, profanación del Día de Reposo, fornicación u otro pecado? ¿O vives no preocupado acerca de tu alma o tu salvación, sin Cristo y sin oración? Que sepas, amigo mío, que todavía no conoces este cambio y bendito cambio que es el nuevo nacimiento. Y el Dios de la verdad te asegura que es imposible estar salvo sin esto. Es necesario nacer de nuevo. No pienses que la reformación externa, o la moralidad, o las profesiones religiosas o los deberes religiosos te son suficientes. Todas estas cosas no alcanzan este cambio espiritual que necesitas. ¡Es necesario nacer de nuevo! Del mismo modo que podemos afirmar que hay un Dios en el cielo, podemos afirmar que es necesario nacer de nuevo para llegar a ese cielo. ¿Puedes soportar el pensamiento de estar dejado fuera del cielo? Pregúntate a ti mismo: “¿Podré morar en el lugar del ardor eterno? ¿Podré soportar las tinieblas eternas? ¿Podré aguantar estar separado eternamente de Dios bendito? ¿Debo preferir mi vida actual, que es

pecaminosa y sensual, en vez del gozo eterno? ¿Acaso existe un solo versículo en la Biblia que me puede consolar en mi estado actual?”

Oh, que seas tan convencido de la necesidad inmediata de este cambio, para que antes de te acuestes esta noche, te pongas de rodillas ante Dios para pedirle que Él te haga una nueva criatura. Él lo puede hacer en un momento, y Él ha prometido Su Consolador a aquellos que se Lo piden. No digas como los necios: “Ya no voy a cambiar mi religión”. Déjame preguntarte algo: “¿Tu religión ha cambiado a ti? Si no es así, ya es tiempo de cambiar tu religión. Pero no seas engañado por apariencias, formas y nombres. La religión verdadera no es un asunto de los labios ni de las rodillas, sino del corazón. *“El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”* (Ro. 14:17). Lee y escucha la Palabra de Dios, porque esto es el medio que emplea Dios para efectuar este gran cambio, aplicando Su Palabra al alma por el Espíritu Santo. *“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios”* (Ro. 10:17).

En cuanto a ti que has experimentado este bendito cambio, no te olvides nunca de dar la gloria a Dios, así tomando el consuelo de ello para ti mismo. ¿Estás nacido de Dios? Entonces el cielo es tuyo. La justicia de Dios es tu *garantía* de ello, pero tu nacimiento de nuevo es lo que hace “apto” para ello. *“El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”*. Por ende, el que sí ha nacido de nuevo verá el reino de Dios. ¡Da la gloria y las gracias a Dios por ello! Eres renovado por este mismo propósito, *“...para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”*. Dios ha hecho una diferencia entre ti y las masas de las multitudes en todo el mundo. Él ha hecho más para ti que si te hubiera hecho un rey, pues te ha hecho hijo de Dios y herencia de la gloria. Reflexiona mucho en tu estado anterior, y admira la gracia divina que ha hecho la diferencia. Dios te ha dado Su Espíritu, y en Él un prenda segura de tu herencia celestial. *“El que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras*

del Espíritu” (2 Cor. 5:5). Oh querido amigo, ora por la gracia de vivir y andar como una persona renovada, y así demostrar la realidad de tu nuevo nacimiento: adornar el Evangelio, edifica a tu prójimo, y glorifica a Dios. Amén.